

DAVID ORANGE

ROMPERÁS

LA NOCHE

CON UN GRITO

David Orange



Romperás la noche
con un grito

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© David Orange, 2022

Autor representado por Editabundo Agencia Literaria

© Editorial Planeta, S. A., 2022

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Diseño de la colección: © Compañía

Primera edición: enero de 2022

Depósito legal: B. 18.359-2021

ISBN: 978-84-08-25180-4

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rotoprint

Printed in Spain - Impreso en España



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**

LA PANTALLA DEL VIGILABEBÉS

Las cosas más sencillas son a menudo las más difíciles de apreciar.

Y en cierta manera es normal.

La gente valora lo que tiene en función del esfuerzo que le ha supuesto conseguirlo, o, a veces, por desgracia, por el tamaño del agujero que deja en el alma cuando lo pierde, cuando ya es tarde. Ambas circunstancias no tienen por qué ser independientes la una de la otra.

A Ignacio Durán, médico de familia, le ha costado un gran esfuerzo tener un hijo, y es con enorme diferencia lo que más ha anhelado en su vida; perderlo dejaría en él un agujero tan grande como su propia existencia. Primero le costó llegar a esa decisión, a ese consenso interior: «Quiero ser padre». Y después le costó todavía más encontrar la forma de serlo sin tener pareja, algo a lo que había renunciado tras una serie de experiencias fallidas que le mellaron su autoestima. Tampoco quiso recurrir a la adopción, deseaba que su hijo o su hija tuviese sus genes. La solución estaba clara; de hecho, no había otra opción: maternidad subrogada.

Pero tener un hijo nunca es como uno se imagina. Lo que genera y lo que envuelve y lo que desata es algo que, por mucho que se intente, no se puede explicar. Es algo que conlleva un sentimiento nuevo para el que no existen entrenamientos previos.

Se dice: tengo un hijo, aunque ser padre no te convierte en propietario de nadie. Ser padre es ser responsable de alguien. En este caso, de alguien que lleva tu sangre. Y si hay algo que Ignacio se toma en serio son sus responsabilidades. Y más si aquello que más quiere está por medio.

Cuando Ignacio Durán se deja caer en la cama no son ni las diez de la noche, está tan cansado que no se siente con fuerzas para hacer otra cosa. Es viernes, pero la semana en el centro de salud ha sido tan dura que en ese momento solo quiere tumbarse, cerrar los ojos y relajarse mientras oye los ronquidos de su hijo a través del altavoz del vigilabebés.

Le dijeron que cuando introdujese los cereales y la llamada «dieta complementaria», Samuel empezaría a dormir mejor. Hace casi un mes de eso, pero de momento el hábito de sueño de su hijo sigue siendo igual de malo que cuando nació. Incluso es posible que haya empeorado. A sus siete meses recién cumplidos, el pequeño Samuel todavía no ha conseguido enganchar más de dos horas seguidas durmiendo, y eso hace que Ignacio esté siempre cansado. Terriblemente cansado. Y cuando está así, su nivel de atención se ve tan mermado que ni tan siquiera es consciente del todo de lo que sucede a su alrededor. A veces, cuando el bebé se despierta berreando en mitad de la noche, consigue solucionar el asunto dándole un biberón, eso lo relaja y hace que vuelva a coger el sueño, pero otras veces se niega a comer, le dice con sus ojillos parduscos: «No quiero», y entonces tiene que dormirlo en brazos, y eso suele llevarle no menos de veinte minutos.

Y Samuel se duerme, pero Ignacio se ha despejado.

Tampoco ayuda el calor que hace en Valencia en agosto, sobre todo en el centro de la ciudad, donde el aire llega lento, tarde, asfixiado y muy pesado. Son las sobras hirvientes que nadie quiere. Podría decirse que en verano se anda

siempre como cubierto con una sábana húmeda que se arrastra desde que te levantas y que solo te quitas cuando llega la noche porque al fin te deshaces de esa ropa pegajosa y pringosa y aprovechas para darte una ducha bien fría. Es entonces cuando descansas un poco. Además, esa noche en concreto es una de viernes, y los viernes toca pizza y película. Él se ha comido una de pepperoni con extra de queso, y eso tampoco está ayudando a que pueda descansar. Le ha caído mal en el estómago. A veces le pasa, pero esta vez el dolor abdominal es más intenso. Su digestión es una *despertá* fallera con un sinfín de *trons de bac* explotando en su interior. Tiene la sensación de que sus intestinos están siendo perforados por un taladro. Se encuentra un poco mareado. Antes de empezar a ver la película de los viernes, decide esperar en la cama hasta que el dolor cese y el mareo pase. Se acuesta de lado con un cojín entre las rodillas y observa cómo su hijo cambia de postura a través de la pantalla del vigilabebés. Cuando el niño duerme, la unidad de vigilancia está siempre con él, le gusta verlo, tenerlo controlado, saber que se encuentra seguro. Es como una de esas manías que con el paso de los años devienen en necesidad.

En apenas un par de minutos, los falleros que están haciendo ruido debajo de su barriga se empiezan a calmar y él se relaja. Los párpados se le cierran e incluso experimenta un amago de sueño lúcido, uno que tiene como protagonista a una madre dando de mamar, pero esa tímida calma se interrumpe cuando oye un ruido que proviene del altavoz del vigilabebés.

El ruido es más bien como un crujido.

Abre los ojos de forma automática y solo ve a Samuel abrazado a su inseparable peluche: un osito panda al que él también quiere mucho; si le preguntaran, diría que con toda su alma.

El micro de la cámara es tan sensible que cualquier pequeño ruido que se produce en esa habitación o llega a ella se amplifica de un modo desproporcionado, más si se tiene en cuenta que las paredes de la casa son muy altas, y eso hace que la reverberación y el eco aumenten.

Todo aquel que haya utilizado un vigilabebés sabe que a veces se oyen ruidos raros que no siempre se corresponden con lo que está sucediendo en el lugar donde está instalada la cámara. Por eso Ignacio no le da mucha importancia cuando oye alguno. Él es un hombre que ama y respeta sus rutinas, todavía no ha olvidado que es viernes noche, y que eso implica que además de pizza también toca película. Su idea era volver al salón y navegar por sus tres plataformas de televisión de pago en busca de un buen *thriller*, pero en ese momento, así de lado y con el estómago aparentemente en calma, algo en su interior le dice: «Qué demonios, hoy estás agotado». Y esta vez es él quien ordena a sus párpados que se cierren. No piensa en nada, solo disfruta del corto y placentero trayecto que lo separa del sueño, y se deja llevar mar adentro. Pero nuevamente, un sonido procedente de la unidad de vigilancia lo despierta. Los ojos de Ignacio vuelven a abrirse y localizan la figura de su hijo en la pantalla monocromática. Se ha dado la vuelta, antes Samuel estaba bocabajo y ahora está bocarriba, con los brazos y las piernas bien abiertos. A Ignacio se le cae la baba con solo mirarlo. Sonríe con ternura y vuelve a cerrar los ojos.

Pero no transcurren ni dos minutos cuando un nuevo ruido, uno parecido a una fuerte respiración, vuelve a despertarlo de ese estado de duermevela en el que se tambalea cada noche su consciencia. Sus ojos se abren con pesadez y, tras verlo inmóvil y en la misma postura, se dice que debe haber algún vecino haciendo más ruido del acostumbrado. Normal, los viernes la gente hace cosas diferentes. Él se

come una pepperoni y luego ve un *thriller*, pero otros salen, beben, ríen, bailan y hablan más alto que los lunes o los miércoles o los domingos. La noche del fin de semana valenciano nunca es tranquila, menos en verano, cuando todo es música, luces y ruido. Así que, viendo que tal vez se pase toda la noche abriendo y cerrando los ojos por culpa de un vecino que ha dejado sus rutinas diarias a un lado, decide bajar el volumen del vigilabebés al mínimo. No es algo que le guste hacer, más que nada por no perder parte de ese control que quiere tener sobre su hijo, pero tampoco es la primera vez. Piensa que si Samuel se despierta llorando, como es costumbre en él, lo oirá igualmente, pero de este modo los ruidos del vecino dejarán de molestarlo durante un rato. Y podrá descansar.

Aplaude su propia decisión y no tarda en caer profundamente dormido después de contemplar con veneración cómo el niño succiona el chupete en un acto reflejo. Tiene dibujadas unas mariposas que brillan en la oscuridad, como las luciérnagas, pero con algo menos de intensidad. Se lo compró para que fuera más fácil encontrarlo en mitad de la noche. Y mientras Ignacio vuelve a caer rendido en los brazos de un poderoso sueño, se dice que Samuel es encantador, que nunca ha amado tanto a alguien, que su vida es ahora la vida de su hijo, para siempre, que ahora es cuando tiene sentido.

La siguiente vez que Ignacio se despierta no es como consecuencia de un ruido, como por ejemplo el que hace su bebé al llorar. Se ha despertado porque se está meando, y es extraño, porque eso solo le pasa después de las tres de la madrugada, nunca antes, y normalmente Samuel se debería haber despertado ya un par de veces desde que se durmió a las diez de la noche, y el caso es que no se ha despertado ni una sola vez. «Entonces —se pregunta Ignacio—, ¿qué hora es?». Piensa esto en milésimas de segundo

mientras se aclara los ojos, mira el reloj y ve que, en efecto, son las tres de la madrugada, se da la vuelta en la cama y localiza la pantalla de la unidad de vigilancia, que está sobre la mesilla del lado derecho de la cama. Y todo se resquebraja.

En la pantalla del vigilabebés solo se ve una cuna vacía. Samuel no está.

DESESPERACIÓN

Ignacio baja de la cama y se cae antes de dar un solo paso. Acaba de tropezar con sus propios zapatos, que olvidó guardar cuando se acostó. Siente un fuerte dolor en el dedo meñique de la mano derecha, pero no lo suficiente como para gritar, porque la realidad es que hay otro dolor en su interior infinitamente más intenso que el que produce un dedo roto o dislocado y que le impide pensar en nada más. Un dolor que se está abriendo paso con rapidez. Como los rayos de sol en el cielo una mañana de verano.

No atina a encender la luz de la habitación y al tratar de salir se golpea con el marco de la puerta. Esta vez parece que se ha abierto una brecha. Debe haberse partido una ceja. Nota algo húmedo y espeso que empieza a rodar por el lado izquierdo de su cara.

Cuando consigue salir de la habitación con el corazón desbordado, apenas unos segundos después de haber visto que su hijo ha desaparecido, encuentra la fuerza suficiente para romper el nudo de su garganta:

—¡Samuel! ¡Samuel! ¡Samuel! ¡Samuel! ¡Samuel!

Grita el nombre de su hijo con lágrimas en los ojos y la voz estrangulada esperando oír su llanto angelical. No hay normas ni límites cuando se habla de esperanza. Corre hasta su habitación y al llegar comprueba que lo que ha visto

en la pantalla del vigilabebés no son imaginaciones suyas, la pesadilla es real: su hijo no está. Tampoco su chupete con mariposas fluorescentes ni su inseparable osito panda de peluche. Y es entonces cuando es consciente de que nunca, por mucho que uno lo piense o se prepare mentalmente, se está preparado para lo peor.

Mira a su alrededor tratando de localizar la figura de Samuel por algún lado, cuando la realidad es que sabe de sobra que es imposible que su hijo haya podido salir solo de la cuna. Todavía no se sostiene de pie, acaba de empezar a gaudir tímidamente. Sus brazos y piernas aún no tienen fuerza. Así que no, no puede ser que Samuel haya salido él solo. Alguien lo ha sacado y se lo ha llevado.

De todas formas, en un acto reflejo, Ignacio sigue buscando. Mira en el armario de su habitación. Mira en su estudio. Mira en el cuarto donde guarda los juguetes. Mira en el amplio salón. Mira en la cocina y en la alacena. Mira en los baños. Mira en todos y cada uno de los rincones de los más de doscientos metros que tiene su céntrico piso para comprobar lo que ya sabe: su hijo no está.

—¡Samuel! ¡Samuel! ¡Samuel!

Ignacio vuelve a gritar el nombre de su hijo en un acto irracional. Más que llamarlo, lo invoca, solo quiere que vuelva, no han pasado ni dos minutos desde que ha visto que no estaba y la vida ya le está resultando insoportable.

Grita y llora a la vez mientras vuelve a recorrer la casa entera. La angustia que tiene es colosal, siente ganas de morir. Es como un impulso autodestructivo que lo quiere proteger de lo que está por llegar: el sufrimiento más inmenso. La sangre rueda por su mejilla izquierda y el meñique de su mano derecha se ha empezado a hinchar de un modo alarmante, debe habérselo fracturado. Pero la triste realidad es que aún no siente nada de eso, porque ese otro dolor, ese insoportable dolor interior que lo cubre todo

de negro y que lo está invadiendo, le impide sentir nada más.

A continuación, hace lo único que puede hacer en ese momento para encontrar a su hijo, y que tal vez ya debería haber hecho hace dos o tres o siete minutos: llamar a la Policía.